

criados empiezan á reirse! No responden ya cuando llamo. Pues ¡y mi criado, que estaba la otra noche en el Vauxhall, con una de mis camisas y con mi chaleco de terciopelo! ¡Conoci mi chaleco perfectamente. ¡Si será insolencia la de ese miserable! ¡Se puso á bailar delante de mis barbas! ¡Cáfila de tunos los tales criados!» Su conversación es un tejido de juramentos, de lamentaciones y de chocheos; no es ya un hombre, sino el desecho de un hombre: no quedan en él más que restos discordes de pasiones viles, á modo de trozos de una serpiente aplastada, y que, no pudiendo morder, se refriegan y retuercen en medio de la baba y el cieno. La vista de un billete de Banco le hace precipitarse á ciegas en un cúmulo de súplicas y de mentiras. Para él ha desaparecido el porvenir; no ve más que el presente. Firmará un pagaré de veinte doblones para un plazo de tres meses por tener veinte pesetas en el momento. Su embrutecimiento se ha tornado imbecilidad; tiene cerrados los ojos; no ve que sus protestas inspiran desconfianza, que sus mentiras repugnan, que á fuerza de bajeza pierde el fruto de sus bajezas; y esto hasta el punto de que, al verle entrar, dan tentaciones de agarrar del cuello al noble *baronet*, miembro del Parlamento, augusto habitante de una mansión histórica, para tirarle por la escalera como una espuerta de basura.

Hay que detenerse; no bastaría un volumen para agotar la lista de las perfecciones que descubre Thackeray en la aristocracia inglesa. Ahí está el marqués de Farintosh, vigésimo quinto de ese nombre, ilustre imbécil, muy orondo y satisfecho de sí, á quien miran todas las mujeres y saludan todos los hombres; ahí está lady Kew, mujer de mundo, vieja tiránica y corrompida, que hace la guerra á su hija y anda á caza de

matrimonios; ahí está sir Barnes Newcome, uno de los seres más mandrias, más aviesos, más embusteros, más escarnecidos y más maltratados que han sonreído en un salón ó perorado en un parlamento. No veo más que uno estimable, un personaje secundario, lord Kew, á quien, después de mil majaderías y desórdenes, toca en el corazón su anciana madre, una mujer puritana, logrando que se arrepienta. Pero esos retratos son la misma dulzura al lado de las disertaciones; el comentador es más acerbo aún que el artista; hiere más hablando, que dejando hablar. Hay que leer sus punzantes diatribas contra los matrimonios de conveniencia y el sacrificio de las hijas, contra la desigualdad de las herencias y la envidia de los segundones, contra la educación de los nobles y sus tradiciones de insolencia, contra la compra de grados en el ejército, contra el aislamiento de las clases, contra todos los atentados á la naturaleza y á la familia inventados por la sociedad y la ley. Tras esa filosofía se extiende una segunda galería de retratos tan insultantes como los primeros: porque la desigualdad, corruptora de los grandes á quienes exalta, es corruptora también de los pequeños á quienes rebaja, y el espectáculo de la envidia ó de la bajeza en los pequeños es tan feo como el espectáculo de la insolencia ó del despotismo en los grandes. Según Thackeray, la sociedad inglesa es una mezcla de adulaciones y de intrigas, por cuya virtud se esfuerza cada uno en empinarse un escalón y rechazar á los que suben. Ser recibido en la corte, ver su nombre en los periódicos formando parte de una lista de convidados ilustres, ofrecer en la casa propia una taza de te á algún ilustre par lelo y abotagado, tal es la meta suprema de la ambición y la felicidad humanas. Para un amo hay siempre cien criados. El ma-

yor Pendennis, hombre resuelto, de sangre fría y hábil, ha contraído esa lepra. Hoy su dicha es saludar á un lord. No se encuentra á gusto más que en un salón ó en un parque aristocrático. Necesita ser tratado con esa humillante benevolencia con que los grandes abruma á sus inferiores. Aguanta perfectamente las desatenciones y se sienta con cara de pascuas á una mesa ilustre, adonde le invitan dos veces en tres años para llenar un hueco. Deja á un hombre de genio ó á una mujer de talento para hablar con un mentecato que ostenta título ó con un lord beodo. Más le gusta ser tolerado en casa de un marqués, que respetado en la de un burgués. Habiendo erigido en principio esas bellas inclinaciones, se las inculca á su sobrino, á quien quiere, y, para hacerle lado en la sociedad, le ofrece en matrimonio una fortuna estafada y la hija de un *convict*. Otros se deslizan en los salones augustos, no ya merced á costumbres de parásitos, sino á favor de dinero contante y sonante. En Francia antiguamente los señores con escudos plebeyos estercolaban sus tierras; hoy en Inglaterra los burgueses ennoblecen su dinero con un matrimonio noble. Mediante cien mil libras dadas al padre, Pump, el mercachifle, se casa con lady Blanca Cuello-Tieso, la cual sigue siendo lady, á pesar de ser su mujer. Naturalmente, ella le desprecia como plebeyo, y además le aborrece por haberla hecho medio plebeya. El no se atreve á recibir á los amigos en su casa: son gente demasiado baja para su mujer. No se atreve á visitar á los amigos de su esposa: son gente demasiado alta para él. Es el sumiller de su cara mitad, el hazmereir de su suegro, el criado de su hijo, y se consuela esperando que sus nietos, convertidos en barones Pump, se avergonzarán de él y no querrán jamás pronunciar su nombre. — Un tercer

modo de entrar en la nobleza es arruinarse y no ver á nadie. Ese ingenioso medio emplea en el campo la mariscalca Punto. Tiene para sus hijas un aya incomparable, que cree que Dante se llamaba Alighieri, porque era de Argel (1), pero que ha educado á dos marqueses y á una condesa. «Esta soledad es muy triste (le dice uno); podría V. recibir al abogado. — ¡Una familia como la nuestra, amigo mío! ¡Cómo es posible! — ¿El médico? — El quizá; pero su mujer y sus hijos... ¡Dios me valga! — ¿Y los de aquella gran casa de allí? — ¿Allí? ¿El palacio Indiana? ¡Un fabricante de paños retirado! — ¿El ministro? — ¡Horror! Predica con sobrepelliz, amigo mío; es un puseista.» Esa sensata familia bosteza á sus solas durante seis meses, y el resto del año goza de la glotonería de los hidalgos pelones á quienes agasaja y de los sofiones de los grandes lores á quienes visita. El hijo, oficial de húsares, necesita lujo para codearse con sus señores camaradas, y su sastre se lleva al año trescientas guineas de novecientas que constituyen la renta de toda la familia. — No acabaría si refiriese todas las infamias y todas las miserias que Thackeray atribuye al espíritu aristocrático: la división de las familias; la altivez de la hermana ennoblecida; la envidia de la hermana plebeya; el rebajamiento de los caracteres, acostumbrados desde la escuela á venerar á los lores en ciernes; la degradación de las muchachas que quieren echar el gancho á maridos nobles; la rabia de las vanidades contrariadas; la cobardía de las complacencias, el triunfo de la sandez, el menosprecio del talento, la consagración de la injusticia, la dureza de corazón, la perversión de las costumbres. Ante ese cuadro de pasmosa verdad y

(1) *Algiers* en inglés. — (N. DEL T.)

genio asombroso, conviene no perder de vista que esa desigualdad irritante es la causa de una libertad saludable; que la iniquidad social produce la prosperidad política; que una clase de grandes hereditarios es una clase de hombres de Estado hereditarios; que en siglo y medio ha tenido Inglaterra ciento cincuenta años de buen gobierno; que en siglo y medio Francia ha tenido ciento veinte años de mal gobierno; que todo se paga, y que se pueden pagar caros jefes capaces, una política continuada, elecciones libres y la fiscalización del gobierno por el país. Conviene también no perder de vista que un talento fundado en la reflexión intensa y concentrado en las preocupaciones morales, ha debido transformar la pintura de las costumbres en sátira sistemática y militante, exasperar la sátira hasta la animosidad calculada é implacable, ennegrecer la naturaleza humana, y cebarse, con odio refinado, redoblado y natural, contra el vicio principal de su país y de su tiempo.

§ 2.—EL ARTISTA.

I

En literatura, como en política, no se puede tener todo. Los talentos se excluyen, como las dichas; cualquiera que sea su constitución, un pueblo es siempre algo desgraciado; cualquiera que sea su genio, un escritor es siempre algo impotente. No podemos sostener á la vez más que una actitud. Transformar la no-

vela es deformarla: el que, como Thackeray, la atribuye por objeto la sátira, deja de atribuirla el arte por regla, y todas las fuerzas del satírico son flaquezas del novelista.

¿Qué es un novelista? A mi juicio, es un psicólogo, un psicólogo que, natural é involuntariamente, pone la psicología en acción; no es más ni otra cosa. Le gusta representarse sentimientos, con sus inclinaciones, precedentes y consecuencias; y se procura ese placer. A sus ojos, son fuerzas que tienen direcciones y magnitudes diferentes. De su justicia ó injusticia se cura poco. Los reúne en caracteres; concibe la cualidad dominante; percibe las huellas que esa cualidad deja en las otras; nota las influencias contrarias ó concordantes del temperamento, de la educación, de la profesión, y procura manifestar el mundo invisible de las inclinaciones y disposiciones interiores en el mundo visible de las palabras y de las acciones exteriores. A eso se reduce su obra. Le importa poco qué inclinaciones sean esas. Un verdadero pintor mira con placer un brazo bien plantado y músculos vigorosos, así sirviesen para aporrear á un hombre. Un verdadero novelista goza, por contemplación, de la grandeza de un sentimiento nocivo ó del mecanismo ordenado de un carácter pernicioso. Tiene por talento la simpatía, porque es la única facultad que copia exactamente la naturaleza; poseído de las emociones de sus personajes, no piensa más que en marcar su vigor, su especie y sus repercusiones. Nos las representa tales como son, íntegras, sin censurarlas, sin castigarlas, sin mutilarlas; las transporta á nosotros intactamente, dejándonos el derecho de juzgarlas como nos convenga. Todo su esfuerzo consiste en hacerlas visibles, en desentrañar los tipos oscurecidos y alterados por los acciden-